

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Javier Pérez de Cuellar

Distinguida concurrencia:

Es para mí altamente satisfactorio y honroso presentar este libro de Augusto Ferrero Costa, titulado *La música, contexto y pretexto en la historia*. En realidad, a ello se refiere la publicación, pues a través de los siglos la música, sobre todo en el mundo occidental, ha tenido una larga fascinación, la cual se traduce, a través de estos gratísimos ensayos del autor, en una relación de temas que van desde la inclinación de reyes e intelectuales hacia la música hasta la vocación adicional de algunos músicos de comentar su obra o la de otros autores.

Personalmente, me resultó sumamente instructivo y grato leer este libro, y creo que todo aquel que lo tenga en las manos no lo dejará, porque, desde la primera a la última página, se sentirá atraído por la variedad y la minuciosidad con que se da cuenta de todas estas personalidades que se han interesado por la música, o cuyas anécdotas están incluidas en esta edición.

Creo que es una contribución sumamente apreciable a la cultura de todos los pueblos y de todas las personas interesadas en el arte, y concretamente en la música. Ésa es la razón por la cual ha sido publicado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en Madrid. Estoy seguro que todos estos honores que estamos haciendo al lanzamiento de este libro son altamente merecidos, ya que alienta a todos a acercarnos a la música para aprovecharla mejor. Tal vez ese es el gran mérito y la gran contribución de esta magnífica publicación de Augusto Ferrero Costa, de la cual tuve el privilegio de escribir el prólogo. Al releerlo, y naturalmente para quien no es un petulante, considero que ese prólogo en realidad no está tan a la altura del libro, porque éste merecería una presentación un poco más lírica que la que he hecho. De todas maneras, tengo la ingenua confianza de que esa introducción oriente al lector y estimule su deseo de leerlo y, más aún, de seguir y proseguir en ese amor por la música que es el objetivo de todos aquellos que, como

Augusto Ferrero y yo mismo, vivimos de otras actividades, pero a quienes siempre —y nada mejor— nos acompaña la música en todos nuestros esfuerzos.

Por eso, distinguidos oyentes, distinguidos participantes en esta ceremonia, les invito a leer con una atención muy onda este libro que les va a recrear y, al mismo tiempo, les va a enseñar no solamente con las anécdotas que se cuentan en él, sino que de una manera indirecta, les va a acercar a la música, que es uno de los mayores placeres que puede tener un ser humano en el curso de su existencia.

No se asusten No voy a leerles el prólogo ni pretendo tampoco resumirlo. Algo que dejé de mencionar en esas líneas, que escribí con la más profunda satisfacción —porque correspondían al deseo del autor de este hermoso libro—, es que yo soy un poco el heredero de su padre, pues fue mi profesor en Historia, primero, y en Derecho Constitucional, más tarde. Fue mi jefe cuando él era Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Relaciones Exteriores y yo era su inmediato colaborador como Secretario General de la Cancillería. Cuando concurría a su casa, descubrí con sorpresa que en un pequeño armario que había en la antesala existían una serie de discos. Le pregunté a Augusto si tenía la última sonata de piano de Beethoven, la nº 32. Inmediatamente, me la puso en su tocadiscos y desde entonces comenzó nuestra relación musical. La diferencia profunda es que él es musicólogo y yo soy musicómano, que es una diferencia considerable. El tendría veintitrés años. Después nos hemos visto con mucha frecuencia y, siendo ambos abogados y ambos interesados en el Derecho, el tema de conversación era siempre la música. Naturalmente que era imposible alcanzar la capacidad de Augusto en lo que se refiere al conocimiento de este arte, pero yo lo alenté a él y él me alentó a mí. Se creó entonces una gran amistad; más que amistad, parentesco en torno a la música. La música es para mí aquella actividad maravillosa que me permite decir que nunca he tenido soledad. La música es mi compañera permanente y constante, y estoy entre quienes la adoran más que todas las actividades del ser humano.

El pentagrama es el idioma más universal, porque a él acuden todos los seres que se interesan por la música y lo leen como si fuera su idioma, sean chinos o rusos, que son por lo general excelentes músicos. El pentagrama es la imagen física de la música, y por eso digo que revela un idioma universal. Pero, en fin, como ya les he dicho, no quiero hacer un nuevo prólogo, lo cual sería absurdo y sumamente cansador pero sí quiero agradecer al Excelentísimo Señor Presidente y a los señores que han tomado la palabra por lo que han añadido a esa admiración profunda que tengo por mi querido y, no obstante que es joven, viejo amigo Augusto Ferrero.

Les agradezco, señoras y señores, no solamente que hayan asistido a este acto, sino también que hayan comenzado a comprender la importancia de este libro y, sobre todo, de que hayan soportado mis pocas palabras. Muchas gracias nuevamente.